

Vilar), francés, italiano, coreano, ruso, alemán y portugués. Todo conquistado a partir de la perspectiva de una niña-lobo que se disfraza de detective con sombrero borsalino y gabardina. Karen Reyes, a la que Ferris hará madurar en el segundo volumen en el que ya trabaja, es una niña inclinada hacia las mujeres y entregada a la oscuridad de su fantasía. En San Valentín reparte tarjetas con fideos rojos y esta declaración de amor: "Te habría entregado mi corazón, pero solo podía darte este ventriculo". Una pequeña Sísifo que soporta acoso escolar con la resignación de quien recorre siempre la misma escalera. Ferris la dibuja subiéndole escalones en la escuela mientras carga al hombro un pesado bocado donde se reproducen los rostros y los comentarios de esos compañeros de aula que son el enemigo. Cutre. Fea. Perra. Rara.

El mundo feliz está ahí afuera, en los sótanos de un edificio de Chicago de los años sesenta, habitado por ventrílocuos que desaparecen, mafiosos de medio pelo y supervivientes del Holocausto. Hierve la lucha por los derechos civiles y el movimiento *hippy*. El famoso 68. Cuando asesinan a Anka Silverberg, la mujer más bella que Karen ha visto nunca, la niña-lobo encuentra su misión.

—¿Cuánto de Karen hay en Emil?

—Karen está en mí. Y aunque no es totalmente yo, tiene una gran parte de mi personalidad.

Por el camino se entrecruzan historias de perdedores y de fantasmas, revistas de terror y días de nazismo, la enfermedad y el sexo o los homenajes a la pintura a través de cuadros del Instituto de Arte de Chicago, donde los padres de Emil Ferris se conocieron. "Cada personaje se inspira en alguien que he conocido. En algunos casos son la amalgama de diferentes personas", señala.

Parte del poder del libro descansa sobre una elección artística nada inocente: la simulación de un cuaderno escolar pautado a modo de diario de Karen. La autora viaja a los días en los que tendría la edad de su protagonista, 10 años. "Una de mis tías favoritas, Ann Spiess Mills, que tenía ascendencia india como yo, me regaló un libro titulado *Mi nombre es León*, de Margaret Embry. Cuenta la historia de un niño nativo que se niega a escribir entre las líneas de su cuaderno y lo recordé cuando estaba creando la historia de Karen. Las líneas son incapaces de constreñir la visión de Karen. Creo que es un llamamiento a los artistas. Debemos resistir la dictadura de las rayas azules. No solo debemos estar dispuestos a superar nuestros límites; si queremos entregarnos, debemos esperar exceder esos límites".

"Lo que más me gusta son los monstruos". Emil Ferris. Traducción de Montse Meneses Vilar. Reservoir Books, 2018. 416 páginas. 34,90 euros.

**Biógrafo de Michel Foucault y discípulo de Pierre Bourdieu, el filósofo francés se toma a sí mismo como objeto de estudio en *Regreso a Reims* para entender por qué reprimió sus orígenes obreros para convertirse en un intelectual**

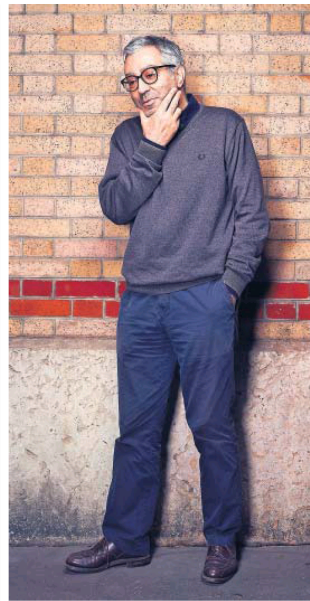
POR ÁLEX VICENTE

Al fallecer su padre, Didier Eribon (Reims, 1953) sintió un extraño malestar. No por haber perdido a su progenitor, por el que este filósofo y sociólogo jura que nunca sintió ningún aprecio. Más bien porque su muerte le recordó de dónde venía: de una clase obrera y provinciana a la que dio la espalda cuando se marchó a París para estudiar en la universidad. "Era un espacio social del que me había distanciado, un espacio mental contra el cual me había construido", escribe en *Regreso a Reims* (Libros del Zorzal). En este volumen, a medio camino entre la autobiografía y el ensayo sociológico, se toma a sí mismo como objeto de estudio para comprender por qué reprimió esos orígenes humildes en el proceso que lo llevó a convertirse en gran intelectual, teórico de la cuestión gay, biógrafo de Michel Foucault y tal vez el mejor discípulo de Pierre Bourdieu.

Eribon también es el mentor de Édouard Louis, último prodigio de la literatura francesa, quien le dedicó su debut literario, *Para acabar con Eddy Bellegueule* (Salamandra). El éxito internacional de este joven escritor ha arrojado luz sobre la obra de Eribon, traducida de forma discontinua en el extranjero, lo que explica que *Regreso a Reims* haya sido publicado alrededor del mundo nueve años después de aparecer en Francia. "Ahonda en muchos de los problemas sociales que hoy nos ocupan: un sistema escolar convertido en máquina de reproducción de las desigualdades, el auge de la extrema derecha, el transfuguismo de clase, la homosexualidad o el destino de las mujeres de clase obrera, como lo fueron mi madre y mi abuela", relata Eribon en un café de la *rive gauche* parisense.

*Regreso a Reims* habla del precio que uno paga al someterse a un cambio de clase social. "El exilio social es muy distinto del político. Es un exilio deseado, que se vive con relativa felicidad: te permite dejar atrás a una familia que no te entendía para reinventarte en otro lugar", afirma. "Sin embargo, tras la muerte de mi padre, entendí que esa felicidad reprimía, en realidad, una profunda melancolía". Al autor le costó entender los motivos de ese desarraigo. "No comprendía cómo era posible que yo, militante de izquierdas y sociólogo especialista en la desigualdad social y los mecanismos de dominación, hubiera sido capaz de sentir vergüenza por mi familia hasta el punto de mentir sobre mis orígenes", expone. "La violencia social es tan fuerte que siempre logra instaurar fronteras entre las distintas clases. Cuando cambias de clase social, es difícil mantenerte comunicado con la anterior...". Su libro persigue una reconciliación con ese entorno y también consigo

**“La violencia social es tan fuerte que instaura fronteras entre clases. Cuando cambias de clase social, es difícil seguir comunicado con la anterior”**



Didier Eribon, en París en 2017. MANUEL BRAUN

**Didier Eribon**  
“Milagros sociológicos como yo existen pocos”

mismo. "Tras el entierro de mi padre, empecé a ver más a mi madre. Hubo un apaciguamiento, aunque se abrieron nuevos puntos de fractura... Mi madre me confesó haber votado por el Frente Nacional, cosa que ya sospechaba. Y mis hermanos, también. ¿Qué habrá sucedido en nuestra historia social y política para que una familia de tradición comunista acabe votando por la ultraderecha?", se pregunta Eribon. Esa es otra de las claves de este ensayo: reflexionar, a partir de lo sucedido en su familia, sobre la trashumancia ideológica de muchos votantes del comunismo francés, que hoy apuesta por el partido encabezado por Mari-

ne Le Pen. "De entrada, mencionaría la traición de los ideales de la izquierda por parte de la socialdemocracia. Pienso en Blair, en Schroeder y los líderes del socialismo francés, cómplices de una revolución conservadora. Hace 20 o 30 años que se nos dice que ya no existen las clases sociales, que todo depende de la responsabilidad individual. Un grupo social como la clase obrera, que tanto pesó en términos demográficos, deja de tener sentido si se acepta que todo reposa sobre el individuo. Seguramente ya no podamos hablar de clases sociales como en los tiempos de Marx, pero está claro que siguen existiendo".

En sus escritos sobre la homosexualidad, como *Reflexiones sobre la cuestión gay* (Anagrama), Eribon explica que uno toma conciencia de su diferencia a través del insulto. En el caso del obrero, el proceso de subyugación es algo distinto. "No es un insulto tan explícito. Se trata, más bien, de un desprecio

social generalizado. En realidad, uno nunca se da cuenta espontáneamente de que está siendo víctima de la dominación. Las dominaciones más violentas nunca son percibidas como tales", opina el autor. Si no le costó demasiado encajar y escribir sobre su orientación sexual, ¿por qué le resultó tan difícil aceptar sus orígenes sociales? "Porque es imposible analizar algo de lo que no eres consciente. La homosexualidad también es motivo de vergüenza y estigmatización, que algunos gays logran superar pese a tener conciencia de ser individuos abyectos respecto al orden social. En cambio, mi vergüenza social no desapareció hasta que volví a Reims y me di cuenta de que la seguía sintiendo", responde Eribon.

Su libro es un estudio sobre las férreas estructuras de reproducción del determinismo social, aunque su propia trayectoria vital demuestre que no es imposible esquivarlo. "Sí, pero la excepción no impide que exista una regla. Yo creo que habría que hacerse la pregunta al revés: ¿cómo es posible que alguien como yo, viniendo de donde vengo, haya terminado teniendo la vida que he tenido? Milagros sociológicos como yo o como Édouard Louis existen muy pocos", opina. "Incluso en los mejores casos, nunca escapamos del todo al determinismo. Yo no pude terminar mi tesis porque no tenía dinero y debía trabajar. Cuando encontré trabajo, fue en la Universidad de Amiens, por la que tengo gran respeto, pero que no deja de ser un centro universitario periférico. Dicen que soy uno de los intelectuales más importantes de mi país, pero ninguna institución parisense ha querido contratarme por no tener el recorrido clásico. Para el sistema, sigo siendo un hijo de obrero".

*Regreso a Reims*. Didier Eribon. Traducción de Georgina Fraser. Libros del Zorzal. 256 páginas. 16,50 euros.